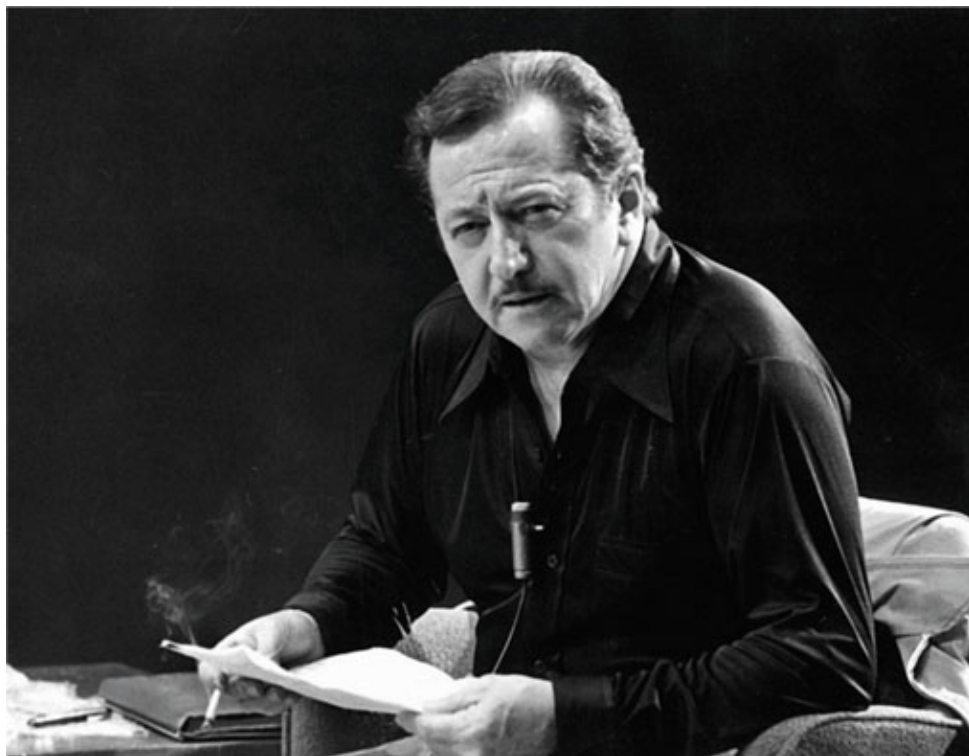


La segunda vida de Garibay

Enrique Serna



Ricardo Garibay

La *Antología* de Ricardo Garibay —que acaba de publicar Josefina Estrada (Cal y Arena, 2013)— tiene el propósito de reafirmar la vigencia de su obra, cuando ya tenemos una perspectiva temporal para evaluar lo que aportó a la literatura mexicana. Pero ese propósito solo se podrá cumplir cabalmente si las nuevas generaciones redescubren a un autor que logró conjugar el arte mayor con el éxito, algo muy difícil de lograr en un país donde se lee poco a los escritores “del momento” y menos aun a los de antier. Ahora que Garibay tiene ya 15 años de muerto y se enfrenta al juicio de la posteridad, una antología como esta era necesaria, porque en México (un país patrioterico con el orgullo vapuleado), tendemos a olvidar a nuestros buenos escritores, o a homenajearlos sin leerlos, a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en España, don-

de cualquier mediocridad inflada con gas butano asciende al empíreo de los clásicos modernos.

Como bien señala Josefina en el prólogo, Garibay tuvo una personalidad arrogante, belicosa y pendenciera que le estorbó para ser más reconocido en vida. Para colmo, exhibía esa personalidad en sus programas de televisión. Recuerdo haberlo visto regañar a los técnicos de canal 11 porque hacían ruido mientras él improvisaba una disertación sobre el *Cantar de los cantares*. Soberbio por convicción, como declara en el epígrafe de la antología, menospreciaba abiertamente a muchos de sus colegas, incluyendo a los más célebres, algo que nunca le perdonaron los dispensadores del prestigio literario. Negado para las relaciones públicas, tal vez por un noble rechazo a la prostitución de la amistad, su carácter in-

solente y áspero lo marginó de los núcleos de poder cultural. Pero ahora que Garibay ya no puede ser un obstáculo entre su obra y el mundo, podemos disfrutarla de manera desprejuiciada, sin tener en mente al ogro que la engendró.

La antología de Josefina Estrada se propone, pues, mantener en circulación a un autor que debería ser canónico, reuniendo en un solo volumen textos diseminados en muchos libros hoy inaccesibles, para ofrecer al lector un muestrario de la variada y prolífica pluma de Garibay. Con buen tino, Josefina no incluyó en la antología sus novelas más importantes, porque habría sido una atrocidad publicarlas en forma fragmentaria. Pero las nuevas generaciones de lectores cometerían un pecado mortal si no devoran *La casa que arde de noche* y *Par de reyes*, por mencionar sus dos novelas más famosas, y desde luego, *Beber un cáliz*, una conmovedora elegía a la muerte de su padre, en la que el desgarrón emotivo guarda un asombroso equilibrio con la sobriedad y el rigor del lenguaje.

Sin duda, Garibay aspiraba a sobrevivir en esos libros, pero esta antología nos demuestra que además dejó un puñado de cuentos excelentes (“Trailer”, “Soledades”, “Oralia”), varias crónicas memorables (*Las glorias del gran Púas, Acapulco*), libros de memorias que sobresalen por su franqueza insólita en la literatura mexicana (*Fiera infancia, Cómo se gana la vida*) y retratos incisivos de sus contemporáneos, que en unas cuantas pinceladas nos revelan los claroscuros de la personalidad y la evolución del carácter a través del tiempo. Sus semblanzas de Agustín Lara, Gustavo Díaz Ordaz, Emilio Uranga y Salvador Reyes Nevares no desmerecen frente a los mejores cameos de Martín Luis Guzmán. La crítica

tiende a poner etiquetas y a Garibay le asettó en vida la de ser un escritor naturalista con un oído extraordinario para reproducir el habla popular en sus diferentes variantes regionales. Esto es verdad, pero sus cualidades literarias no se reducen a eso: además fue un formidable creador de atmósferas, un espeleólogo del alma con un sexto sentido para percibir el sentido trágico de la vida, y un mago de la palabra que gracias a la electricidad de su estilo, un estilo que iba del denuesto soez a la metáfora sutil en el mismo párrafo, lograba mantener en vilo al lector, incluso en los libros que escribía por encargo.

De la última sección de la antología, dedicada a los ensayos literarios de Garibay, entresaco una definición del estilo literario en general, que puede aplicarse al suyo en particular: “Estilo es literatura como urdimbre lógica del mundo, como ordenación e intelección del absurdo, como oculta y perfecta geometría en lo más intrincado del garabato”. Hay escritores que se apartan del “intrincado garabato”, una manera de llamar al tráfigo cotidiano de la existencia, para buscar la perfección del estilo en una atmósfera libre de ruidos (el caso de Borges, que vivía entre libros). Lo más admirable de Garibay es que él no rehuyó la confrontación con el ruido: fue un estilista sumergido hasta la médula en la caótica realidad de su tiempo, que elevaba el periodismo a la altura del arte y revitalizaba la alta literatura con una ráfaga de viento fresco, a veces contaminado de heces fecales.

Curiosamente, el ideal estilístico de Garibay era “desaparecer del mundo que el escritor hace existir” y, sin embargo, él nunca desaparece detrás de sus crónicas y relatos. Tiene un lenguaje demasiado vistoso y rico en texturas que lo coloca, mal de su grado, en el primer plano del escenario. Pero como su pirotecnia verbal es seductora, esa intromisión pasa inadvertida y realza la ilusión de vida. No era, pues, un cultivador del realismo objetivo a la manera de Flaubert, sino un escritor protagonista, que incluso cuando cedía la palabra a los personajes populares, se las ingeniaba para hacer visible su autoconciencia literaria. Creía, con razón, que la fonética del individuo es un elemento importante de su carácter, pero al subrayarla con énfasis creaba

un juego de espejos entre el habla en estado bruto y el habla poética de su escritura.

Con tal de plasmar la verdad sobre la naturaleza humana, Garibay incurrió muchas veces en el machismo, la homofobia y la discriminación clasista. Colocaba la autenticidad por encima de cualquier imperativo ético y nunca aparentó abrigar sentimientos nobles hacia el prójimo entendido como entidad abstracta. Los sacristanes de la corrección política tendrán motivos de sobra para crucificarlo *post mortem*, porque en ningún momento aparentó ser justiciero o bondadoso, ni aspiraba a ser una figura de autoridad moral. En las antípodas de la crónica militante y comprometida, que idealiza a los marginados desde una posición paternalista, Garibay confiesa que al visitar los tiraderos de basura del bordo de Xochiaca se vomita delante de un pepe-

nador, asqueado de su miseria. Pero esa confesión, incluida en la formidable crónica “Distrito Federal: seis millones de mexicanos a la basura” nos sumerge en el drama de la marginación y la pobreza con más eficacia que las declaraciones de amor al pueblo proferidas con la intención de ocultar un sentimiento de culpa social. Para Garibay, la literatura es un medio de conocimiento intuitivo, no una tribuna para predicar el bien, y por lo tanto, nunca escatimó en su obra verdades amargas sobre los demás y sobre sí mismo. Quizás el país no estaba preparado para aceptar una franqueza tan brutal, pero gracias a ella, su obra es imprescindible para entender el México del siglo XX. **U**

Ricardo Garibay, *Antología*, selección y prólogo de Josefina Estrada, Cal y Arena, México, 2013, 645 pp.

